

JUAN PABLO II y MONS. OSCAR A. ROMERO

TERCER ANIVERSARIO DE SU MARTIRIO

24 de Marzo de 1983.

JUAN PABLO II y MONS. OSCAR A. ROMERO

TERCER ANIVERSARIO DE SU MARTIRIO

24 de Marzo de 1983.

INDICE

	Página
Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador (L'OSSERVATORE ROMANO)	3
Mensajes de Juan Pablo II en su viaje apostólico a El Salvador:	
— Visita del Santo Padre. Catedral Metropolitana	5
— Paz y reconciliación	5
— A los sacerdotes	10
Palabras del Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de la Arquidiócesis de San Salvador Mons. Arturo Rivera Damas a la llegada del Santo Padre al templete en Metrocentro	16
Palabras de Mons. Oscar A. Romero sobre el Papa Juan Pablo II	18

PUBLICACIONES PASTORALES DEL ARZOBISPADO

Apdo. 2253

San Salvador, El Salvador, C. A.

OSCAR ARNULFO ROMERO
ARZOBISPO DE SAN SALVADOR

La historia contemporánea de la Iglesia de San Salvador está ligada a Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Nació el 15 de agosto de 1917 en Ciudad Barrios, (Departamento de San Miguel) en El Salvador, iniciando sus estudios eclesiásticos con los claretianos y después con los jesuitas. En 1937 parte a Roma inscribiéndose en la Universidad Pontificia Gregoriana donde consigue la licencia en Teología. El 4 de abril de 1942 —siempre en Roma— es ordenado Sacerdote.

En 1943 retorna a su patria y hasta 1967 trabaja intensamente en la pastoral como párroco, director del Semanario Chaparrastique, rector del Seminario interdiocesano de San Salvador, como secretario de la Conferencia Episcopal y secretario ejecutivo del Consejo Episcopal de la América Central y Panamá.

El 24 de abril de 1967 es nombrado obispo titular de Tambee, y el 3 de mayo de 1970 es nombrado obispo auxiliar de Monseñor Luis Chávez y González, Arzobispo de la capital salvadoreña. El 15 de octubre de 1974 es nombrado obispo de la diócesis de Santiago de María: el 22 de febrero de 1977 fue nombrado Arzobispo de San Salvador.

El 14 de febrero le fue conferido el laureado doctorado honoris causa de la Universidad de Georgetown (U.S.A.); el 23 de noviembre del mismo año el Parlamento inglés lo propone candidato al premio Nóbel de la Paz. El 2 de febrero de 1980, la Universidad de Lovaina (Bélgica) le confiere el laureado doctorado honoris causa como un gesto de reconocimiento por la defensa de los derechos humanos. El 9 de marzo de 1980 la Asociación Ecuménica Sueca le concede el "Premio de la Paz 1980" por su trabajo desempeñado en favor de la justicia y de la reconciliación entre los hombres.

El 24 de marzo fue asesinado mientras celebraba la eucaristía en el Hospital de la Divina Providencia en San Salvador. La Iglesia, no sólo la salvadoreña, ha perdido con él un apóstol del Evangelio y un defensor de los derechos humanos. Su personalidad y su apostolado emergen de sus escritos y homilias que han sido publicadas por la Editorial AVE de Roma en una edición en italiano con el significativo título "Romero... y lo mataron". Es necesario leer sus escritos y sus homilias para comprender el trabajo de un pueblo que aspira a la libertad y a la paz, y para comprender el esfuerzo de la Iglesia —sintetizado en Monseñor Romero— para que ese pueblo lacerado por la violencia armada— consiga finalmente su dignidad y la paz en la justicia y en la libertad. Monseñor Romero ha muerto como un profeta y como un mártir para que su pueblo pueda ver el despertar de la aurora de un nuevo orden que fue su causa, la razón de su ministerio. Presintiendo su muerte declaró:

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

Ojalá, sí, se convengan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás". (3.1980).

**MENSAJES DE JUAN PABLO II EN SU VIAJE
APOSTOLICO A EL SALVADOR:**

**VISITA DEL SANTO PADRE
CATEDRAL METROPOLITANA
(6 de Marzo 1983)**

En la Catedral que es la sede del Pastor de cada Iglesia particular; el lugar desde donde anuncia el Evangelio aquel que, como todo obispo, ha sido puesto por el Espíritu Santo para apacentar la grey de Cristo. (Hch. 20.28).

Mi visita a este venerado templo quiere ser por lo mismo una invitación a todos vosotros para dejaros guiar siempre por vuestros Pastores, ayer por los que lo precedieron y hoy por vuestro Arzobispo Mons. Arturo Rivera Damas.

Reposan dentro de sus muros los restos mortales de Mons. Oscar Arnulfo Romero celoso pastor a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta, mientras celebraba el sacrificio del perdón y reconciliación.

Por él, igual que por los otros venerados Pastores que a su tiempo apacentaron la grey salvadoreña, dirigimos nuestra Plegaria al Dios justo y misericordioso para que su luz brille perpetuamente sobre ellos que se sacrificaron por todos y a todos llamaron a inspirarse en Jesús, el que tuvo comprensión de las multitudes, a la hora de comprometerse en la forja del mundo más justo, humano y fraterno en que todos queremos vivir.

PAZ Y RECONCILIACION (El Salvador, 6 marzo)

**Amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:**

1. Nos hallamos reunidos en este Metrocentro, para celebrar la Eucaristía del día del Señor, en el tercer domingo de cuaresma.

A vosotros y, a toda la Iglesia de Cristo que camina hacia el Padre en El Salvador —en particular al Pastor de esta querida arquidiócesis y a los otros hermanos Obispos— os saludo con afecto.

Esta Iglesia que, unida a todos los hermanos en la fe de América Central y del mundo, se congrega con el Papa junto al Altar del Señor, viene a buscar en El la raíz de su unión, de su vida y esperanza, la fuente de la paz y la reconciliación.

Porque el cristiano cree en el triunfo de la vida sobre la muerte. Por eso, la Iglesia, comunidad pascual del Resucitado, proclama siempre al mundo: “No busquéis entre los muertos al que vive” (Lc 24,5). Por eso halla en El, en Cristo, el secreto de su energía y esperanza. En El, que es “Príncipe de la Paz” (Is. 9,5), que ha derribado los muros de la enemistad y ha reconciliado mediante su cruz a los pueblos divididos (cf. Ef 2, 16).

2. Herida la humanidad por el pecado, fue desgarrada nuestra unidad interior. Alejándose de la amistad de Dios, el corazón del hombre se volvió zona de tormentas, campo de tensiones y de batallas. De ese corazón dividido vienen los males a la sociedad y al mundo. Este mundo, escenario para el desarrollo del hombre en el amor, padece la contaminación del “misterio de la iniquidad” (cf. **Gaudium et spes**, 103; cf. **2 Tes 2,7**).

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, con definida vocación de trascendencia, de búsqueda de Dios y de fraterna relación con los demás, atormentado y dividido en sí mismo, se aleja de sus semejantes.

Y sin embargo, no es el plan original de Dios que el hombre sea enemigo, lobo para el hombre, sino su hermano. El designio de Dios no revela la dialéctica del enfrentamiento, sino la del amor que todo lo hace nuevo. Amor sacado de esa roca espiritual que es Cristo, como nos indica el texto de la epístola de esta Misa (cf. **1 Cor 10,4**).

3. Si Dios no hubiera abandonado a nuestras propias fuerzas, tan limitadas y volubles, no tendríamos razones para esperar que la humanidad viva como familia, como hijos de un mismo Padre. Pero Dios se nos ha acercado definitivamente en Jesús; en su cruz experimentamos la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio. La cruz, antes símbolo de afrenta y amarga derrota, se vuelve manantial de vida.

Desde la cruz mana a torrentes el amor de Dios que perdona y reconcilia. Con la sangre de Cristo podemos vencer al mal con el

bien. El mal que penetra en los corazones y en las estructuras sociales. El mal de la división entre los hombres, que ha sembrado el mundo de sepulcros, con las guerras, con esa terrible espiral del odio que arrasa, aniquila, en forma tétrica e insensata.

¡Cuántos hogares destruidos! ¡Cuántos refugiados, exilados y desplazados! ¡Cuántos niños huérfanos! ¡Cuántas vidas nobles, inocentes, troncadas cruel y brutalmente! **También de sacerdotes, religiosos, religiosas**, de fieles servidores de la Iglesia, e incluso de un Pastor celoso y venerado, Arzobispo de esta grey, **Mons. Oscar Arnulfo Romero**, cuya tumba acabo de visitar. Quien trató, así como los otros hermanos en el episcopado, de que cesara la violencia y se restableciera la Paz. Al recordarlo, pido que su memoria sea siempre respetada y que ningún interés ideológico pretenda instrumentalizar su sacrificio de Pastor entregado a su grey.

La cruz derrumba el muro de separación: el odio. El hombre busca con frecuencia argumentos para tranquilizar su conciencia, la cual lo acusa si obra mal. Y llega a veces a elevar el odio a un rango tal, que se le confunde con la nobleza de una causa; hasta identificarlo con un acto restaurador de amor. Cristo sana en su raíz el corazón del hombre. Su amor nos purifica y abre los ojos para que distingamos entre lo que viene de Dios y lo que procede de nuestras pasiones.

4. El perdón de Cristo despunta como una nueva alborada, como un nuevo amanecer. Es la nueva tierra, “buena y espaciosa” hacia la que Dios nos llama, como hemos leído antes en el libro del Exodo (**Ex 3,8**). Esa tierra en la que debe desaparecer la opresión del odio y dejar el puesto a los sentimientos cristianos: “Revestíos de sentimientos de tierna comprensión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia; soportaos los unos a los otros y perdonaos mutuamente, si uno tiene contra el otro algo de qué quejarse. Es el Señor el que os ha perdonado, haced lo mismo a vuestro turno” (**Col 3,12-14**).

El amor redentor de Cristo no permite que nos encerremos en la prisión del egoísmo que **se niega al auténtico diálogo, desconoce los derechos de los demás y los clasifica en la categoría de enemigos que hay que combatir.**

He indicado en mi último mensaje para la Jornada de la Paz, al invitar a superar los obstáculos que se oponen al diálogo: “Con mayor razón hay que mencionar **la mentira táctica y deliberada**

que abusa del lenguaje, recurre a las formas más sofisticadas de propaganda, enrarece el diálogo y exaspera la agresividad. Finalmente, cuando algunas partes son alimentadas con *ideologías* que, a pesar de sus declaraciones, se oponen a la dignidad de la persona humana, a sus justas aspiraciones, según los sanos propósitos de la razón, de la ley natural y eterna, —ideologías que ven en la lucha el motor de la historia, en la fuerza la fuente del derecho, en la clasificación del enemigo el a-b-c de la política— el diálogo resulta difícil y estéril” (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1983: “El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo”).

El diálogo que nos pide la Iglesia no es una tregua táctica para fortalecer posiciones en orden a la prosecución de la lucha, sino el esfuerzo sincero de *responder con la búsqueda de acuerdos*, a la angustia, el dolor, el cansancio, la fatiga de tantos y tantos que anhelan la paz. Tantos y tantos **que quieren vivir**, renacer de las cenizas, buscar el calor de la sonrisa de los niños, lejos del terror y en un clima de convivencia democrática.

5. La cadena terrible de reacciones, propia de la dialéctica amigo/enemigo, se ilumina con la palabra de Dios que exige amar incluso a los enemigos y perdonarlos. Urge pasar de la desconfianza y agresividad, al respeto, la concordia, en un clima que permita la ponderación leal y objetiva de las situaciones y la búsqueda prudente de los remedios. El remedio es la reconciliación, a la que exhorté en mi carta dirigida al Episcopado de este país (6 agosto 1982).

El amor de Dios nunca deshaucia mientras se peregrina en la historia. Sólo la dureza del hombre acosado por la lucha sin cuartel se reviste de determinismo y fatalismo: se cree entonces erróneamente que **nadie puede cambiar**, convertirse y que las situaciones deberían más bien conducirse programáticamente hacia un irremediable deterioro.

Es entonces el momento de escuchar la invitación del Evangelio de este domingo: “Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo” (Lc 13, 3,5) Sí, convertirse y cambiar de conducta, porque —como hemos escuchado en el salmo responsorial— Yahveh “hace obras de justicia y otorga el derecho a los oprimidos” (Sal 102,6). Por eso el cristiano sabe que todos los pecadores pueden ser rescatados; que el rico —despreocupado, injusto, complacido en la egoísta posesión de sus bienes —**puede y debe**

cambiar de actitud; que quien acude al terrorismo, puede y debe cambiar; que quien rumia rencores y odios, puede y debe librarse de esta esclavitud; que los conflictos tienen modos de superación; que donde impera el lenguaje de las armas en pugna, puede y debe reinar el amor, factor irremplazable de paz.

6. Al hablar de conversión como camino hacia la paz, no abogo por una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados que es preciso componer. Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. **Es una paz para todos**, de todas las edades, condiciones, grupos, procedencias, opciones políticas. Nadie debe ser excluido del diálogo por la paz.

Todos y cada uno en América Central, en esta noble nación que ostenta orgullosa el nombre de El Salvador; todos y cada uno en Guatemala y Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá; Belice y Haití; todos y cada uno, gobernantes y gobernados, habitantes de la ciudad, pueblos o caseríos; todos y cada uno, empresarios y obreros, maestros y alumnos, todos tienen el deber de ser artesanos de la paz. **Que haya paz entre vuestros pueblos. Que las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reconciliación.**

7. Es urgente sepultar la violencia que tantas víctimas ha cobrado en ésta y en otras naciones. ¿Cómo? Con una verdadera conversión a Jesucristo. Con una reconciliación capaz de hermanar a cuantos hoy están separados por muros políticos, sociales, económicos e ideológicos. Con mecanismos e instrumentos de **auténtica participación en lo económico y social, con el acceso a los bienes de la tierra para todos**, con la posibilidad de la **realización por el trabajo**; en una palabra, con la **aplicación de la doctrina social de la Iglesia**. En este conjunto se inserta un valiente y generoso esfuerzo en favor de la justicia, de la que jamás se puede prescindir.

Y esto en un clima de renuncia a la violencia. El Sermón de la Montaña es la Carta Magna del cristiano; “Bienaventurados los artesanos de la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5,9). Eso debéis ser todos vosotros: Artesanos de la paz y reconciliación, pidiéndola a Dios y trabajando por ella. Sea un estímulo a ello el Año Santo Extraordinario de la Redención, que estamos para iniciar y el próximo Sínodo de los Obispos.

8. Queridos hermanos y hermanas:

Contemplo en esta muchedumbre de fieles y en los de toda América Central unidos a nosotros, un inmenso caudal de energías para la reconciliación y la paz. Estáis, con todo derecho, **sedientos de paz**. Surge de vuestros pechos y gargantas un clamor de esperanza. **¡Queremos la paz!**

Cristo que se ofrece por el mundo, y hacia cuyo misterio de reconciliación en la Cruz debe conducirnos el tiempo de cuaresma en que nos encontramos, es el Cordero de Dios que da la paz. Imploralda con todas vuestras fuerzas a Cristo, Príncipe de la paz, para vuestra querida patria, para toda América Central, para toda América Latina, para el mundo. La paz viene de Cristo y es auténtico abrazo de hermanos en la reconciliación.

Que María, Reina de la paz y Madre común, estreche a todos sus hijos en un abrazo de concordia y esperanza. Amén.

A LOS SACERDOTES (El Salvador, 6 marzo)

Queridos hermanos y hermanas:

1. En este encuentro dedicado a los sacerdotes de El Salvador y de toda el área de América Central, y que tiene lugar en el marco de este Centro educativo Beato Marcelino Champagnat, están también presentes los religiosos, religiosas y seminaristas salvadoreños que han querido venir a ver al Papa.

Aunque ya me he dirigido —o lo haré en los próximos días— a los sectores de la vida consagrada desde otras de las naciones cercanas, os saludo a todos muy cordialmente y os expreso mi profunda estima y agradecimiento por vuestra importantísima tarea eclesial. Pido al Señor que os dé fuerzas, aliento y esperanza para continuar generosamente en vuestro puesto. Y os bendigo a todos con gran afecto.

Ahora me dirijo a los sacerdotes. Siguiendo el consejo del Maestro, vengo a vosotros, presbíteros de una Iglesia **que ha sufrido y sufre todavía**, como **hermanos** (cf. Mt 23,8) y **amigo** (cf. Jn 15,14-15) **también como testigo de los sufrimientos de Cristo** (cf. 1 Pe 5,1).



“En la Catedral que es la sede del Pastor de cada Iglesia particular; el lugar desde donde anuncia el Evangelio aquel que, como todo obispo, ha sido puesto por el Espíritu Santo para apacentar la grey de Cristo”. (Hech. 20, 28).

Juan Pablo II.



“Mi visita a este venerado templo quiere ser por lo mismo una invitación a todos vosotros para dejaros guiar siempre por vuestros Pastores, ayer por los q ue lo precedieron y hoy por vuestro Arzobispo Mons. Rivera Damas”.

Juan Pablo II.



“Reposan dentro de sus muros los restos mortales de Mons. Oscar Arnulfo Romero celoso Pastor a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta, mientras celebraba el sacrificio del perdón y reconciliación”.

Juan Pablo II.



“Por él, igual que por los otros venerados Pastores que a su tiempo apacentaron la grey salvadoreña, dirigimos nuestra Plegaria al Dios justo y misericordioso para que su luz brille perpetuamente sobre ellos que se sacrificaron por todos y a todos llamaron a inspirarse en Jesús, el que tuvo comprensión de las multitudes, a la hora de comprometerse en la forja del mundo más justo, humano y fraterno en que todos queremos vivir”.

Juan Pablo II.

Quisiera saludaros uno a uno, llamaros por vuestro nombre, escuchar vuestra experiencia, llegar con cada uno de vosotros hasta el lugar donde se desarrolla vuestro ministerio en medio del Pueblo de Dios, en las ciudades o en los pueblos, entre los campesinos y los obreros. Quisiera sobre todo reiteraros mi afecto más profundo, el agradecimiento de toda la Iglesia por vuestro testimonio sacerdotal, el aliento para que permanezcáis fieles aun en medio de las dificultades.

2. En este momento breve e intenso de comunión sacerdotal, quiero confiaros algunas reflexiones que nacen del deseo de confirmar en vosotros la **identidad** de vuestro sacerdocio y el **compromiso** de vuestra misión aquí y ahora.

En nuestra vida sacerdotal tenemos necesidad de reavivar constantemente esa gracia que se nos ha dado por la imposición de las manos (cf. **2 Tim 1,6**), como se aviva la llama entre las brasas. El recuerdo de la gracia sacerdotal, que permanece en nosotros para siempre en virtud del carácter, nos permite renovarnos en esa gracia de configuración a Cristo y de consagración en el Espíritu Santo. Es la gracia de una madurez **humana** y **cris- tiana**: “No nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza. No te avergüences pues del testimonio que has de dar de nuestro Señor...” (**2 Tim 1, 7-8**).

Somos por la ordenación ministros que actúan “**in persona Christi**”, “**in virtute Spiritus Sancti**”, con una plenitud humana fortalecida por esta gracia. Y esta verdad expresa la riqueza de un servicio eclesial que tiene como modelo a Cristo, el enviado del Padre, y cuenta en su misión con la fuerza del Espíritu. Sólo pensando en esta gracia no nos debe asustar nuestra debilidad, no tienen que flaquear nuestras fuerzas; no hemos de temer ante las dificultades que, por experiencia, sabéis se presentan en el ejercicio de nuestro ministerio de gracia y de reconciliación.

En efecto, tal vez la caridad pastoral que os debe animar y el deseo de mantener la paz y la comunión, exigen de vosotros *el don de la vida*, entregada momentos tras momento en una oblación cotidiana, o en la ofrenda completa *como algunos de vuestros hermanos*.

3. Con el recuerdo de la fidelidad a Cristo nuestro único Maestro y a su Evangelio, quiero exhortaros a mantener viva e íntegra la doctrina de la fe de la Iglesia, por la cual vale la pena entregarse hasta dar la vida.

No vale la pena darla por una ideología, por un Evangelio mutilado o instrumentalizado, por una opción partidista. El sacerdote a quien se le confía el Evangelio y la riqueza del depósito de la fe tiene que ser el primero en identificarse con esa **integridad doctrinal**, para ser a la vez el **transmisor fiel** de la doctrina de la Iglesia, en comunión con su magisterio. Una transmisión de la fe que no se limita a la propia diócesis o país, sino que ha de abrirse a la dimensión misionera de la Iglesia.

Por eso, para ser educador de la fe del pueblo, el sacerdote tiene que **beber el Evangelio a los pies del Maestro en horas de oración personal**, de meditación de la Escritura, de alabanza al Señor con la liturgia de las Horas debe profundizar y poner al día la compensación eclesial del mensaje con un estudio asiduo que requiere un compromiso de formación permanente, tan necesario hoy para profundizar, puntualizar y actualizar los conocimientos de la teología en sus varias dimensiones: dogma, moral, liturgia, pastoral, espiritualidad. Todo ello sostenido por una auténtica teología bíblica.

4. Vuestro pueblo, sencillo e inteligente, espera de vosotros esa **predicación íntegra de la fe católica**, sembrada a manos llenas en el terreno fértil de una fe tradicional y acogedora, de una piedad popular que, si necesita siempre ser evangelizada, es ya campo surcado por el Espíritu para acoger esa evangelización y catequesis.

Las circunstancias dolorosas que atraviesan vuestros países ¿no son una exigencia de intensificación de esa siembra? ¿No pide vuestro pueblo **razones para creer y para esperar**, motivos para amar y para construir, que sólo pueden venir de Cristo y de su Iglesia?

Por eso no defraudéis a los pobres del Señor que os piden el pan del Evangelio, el alimento sólido de **la fe católica segura e íntegra**, para que sepan discernir y elegir ante otras predicaciones e ideologías que no son el mensaje de Jesucristo y de su Iglesia. En esa tarea eclesial está vuestro cometido prioritario. Recordad, mis queridos hermanos, que —como ya dije a los sacerdotes y religiosos de México— “no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal” (27 enero 1979).

Espera vuestra palabra fiel y autorizada una **juvetud generosa**, que ya no cree en las fáciles promesas de una sociedad capitalista o que a veces sucumbe ante el espejismo de un compromiso

revolucionario que quiere cambiar las cosas y las estructuras, recurriendo incluso a la violencia. ¿No están esperando también muchos jóvenes ese anuncio de un **Cristo que salva y libera**, que cambia el corazón y provoca una pacífica pero decisiva revolución, fruto del amor cristiano? Y si les fascinan otros líderes ¿no será porque no se les ha presentado adecuadamente, sin deformaciones, a Cristo?

5. Sois sacerdotes con una grave responsabilidad en esta hora de la Iglesia en vuestras naciones. En vuestras manos deposito una necesaria tarea de **comunión** y de **diálogo**.

El sacerdote, en efecto, es el servidor de la **comunión eclesial**. A él le corresponde congregar a la comunidad cristiana para vivir la Eucaristía de manera que sea la celebración del misterio de Jesús, la fuente y la escuela de la vida de las comunidades. Por eso, su lugar está ante todo en el altar; para predicar la palabra y celebrar los sacramentos para ofrecer el sacrificio y distribuir el pan de la vida.

Los fieles que necesitan una palabra de consejo y de consuelo quieren verlo disponible y fácilmente identificable, aun por su manera de vestir; todos los que necesitan la gracia del perdón y de la reconciliación esperan que les sea fácil encontrar al sacerdote en el ejercicio de este indispensable ministerio de salvación, donde el contacto personal facilita el crecimiento y maduración de los cristianos.

Hoy más que nunca, ante la escasez de sacerdotes y las grandes necesidades de la comunidad eclesial, el sacerdote está llamado a una inteligente misión de **promoción del laicado**, de animación de la comunidad, para que los fieles se responsabilicen de esos ministerios que les competen en razón de su bautismo.

¡Qué gozo puede experimentar el ministro de Cristo que ve formarse a su alrededor una comunidad madura, donde surgen los diversos ministerios de catequesis, de caridad, de promoción! ¡Qué alegría sobre todo cuando es capaz de colaborar con la gracia de Dios, para que **nuevas vocaciones sacerdotales** aseguren un relevo en medio de la comunidad cristiana! Permitidme que os insista en este deber que ha de inquietar el corazón de cada sacerdote: ser instrumento de promoción vocacional con su palabra y oración, con su ejemplo, con el testimonio de una vida consagrada por entero al servicio de Cristo y de los hermanos.

6. El sacerdote tiene que ser el hombre del **diálogo**. En su ta-

rea de mediador debe asumir con valentía el riesgo de hacer de puente entre diversas tendencias, de fomentar la concordia, de buscar soluciones justas ante situaciones difíciles.

La opción del cristiano y más la del sacerdote resulta a veces dramática. Aun siendo firme contra el error, **no puede estar contra nadie**, pues todos somos hermanos o, al límite, enemigos que tiene que amar según el Evangelio; **tiene que abrazar a todos**, pues todos son hijos de Dios y dar la vida, si es necesario, por todos sus hermanos. Aquí radica con frecuencia el drama del sacerdote, impulsado por diversas tendencias, acosado por opciones partidistas.

Llamado a hacer una opción preferencial por los pobres, no puede ignorar que hay una pobreza radical allí donde Dios no vive en el corazón del hombre esclavizado por el poder, el placer, el dinero, la violencia. También a estos pobres debe extender su misión.

Por eso, el sacerdote es pregonero de la misericordia de Dios y no sólo predicador de la justicia. Tiene que hacer resonar el mensaje de la **conversión para todos**, anunciar la **reconciliación en Cristo Jesús**, que es nuestra Paz y derriba todo muro de división entre los hombres (cf. Ef 2, 14). Este ministerio de los sacerdotes adquiere una importancia especial dentro del marco del Año Santo de la Redención, que he querido proclamar para que sea celebrado en la Iglesia universal.

Sed vosotros, queridos sacerdotes, testigos de esta **redención universal**. Proclamad conmigo: "Abrid de par en par las puertas a Cristo Redentor". Es como si el Señor quisiera ofrecernos la oportunidad de renovar aspectos olvidados quizá en nuestro ministerio sacerdotal: la predicación de la **conversión** a Cristo, necesaria para todos, abierta a todos; la llamada a la **reconciliación**, urgente para la humanidad, a todos los niveles. Convertidos y reconciliados, seamos nosotros ante los hombres, testigos y ministros de la redención de Cristo, dispuestos a dar la vida, si es necesario, por esta reconciliación de los hermanos.

7. La vida del sacerdote, como la de Cristo es **servicio de amor**. El mejor testimonio de una opción radical por Cristo y por el Evangelio consiste en poder decir con verdad esas palabras de la oración de la Iglesia: "no vivamos ya para nosotros mismos, sino para aquel que por nosotros murió y resucitó" (**Oración eucarística IV**). *Vivir para El es vivir como El*. y su palabra es perentoria.

ria: "El que quiere ser el primero entre vosotros que sea vuestro esclavo: de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20,27-28).

Vuestra sencillez, vuestra pobreza y afabilidad, serán signo evidente de vuestra consagración al Evangelio; con vuestra **disponibilidad** para escuchar, acoger, ayudar material y espiritualmente a vuestros hermanos, seréis testigos del que no vino a ser servido sino a servir. En la pureza de intención de vuestro servicio, en el desprendimiento de las cosas materiales encontraréis la libertad para ser testigos de aquel que vino a nosotros como Siervo del Señor y nos lo **entregó todo**, pues dió la vida por nosotros.

8. Mis queridos sacerdotes: Ojalá se renueve en vosotros con este encuentro la ilusión del día de vuestra ordenación sacerdotal, enriquecida ahora con la experiencia de un amor fiel a Cristo y a vuestro pueblo.

Permaneced unidos. Pensad que en la unidad está la fuerza de la Iglesia. Mantened siempre la **comunión con vuestros Pastores**, más necesaria cuanto más difícil son las circunstancias en las que vive una Iglesia particular. En la fuerza de la unidad tendréis incluso la **garantía de un peso moral ante la sociedad**, la posibilidad de hacer presente y defender con eficacia la causa de los más necesitados. De vuestras divisiones se aprovecharían, en cambio, quienes quieren instrumentalizar vuestro ministerio.

Como Sucesor de Pedro quiero confirmaros el amor y el apoyo de la Iglesia universal, que os contempla con la esperanza de ver confirmada la paz en vuestras naciones, **reconciliados en la justicia** con todos los hijos del pueblo salvadoreño y centroamericano.

Os encomiendo a la Virgen, Reina de la Paz, como la invocáis en esta tierra. Ella es Madre de todos, ejemplo de un compromiso con la voluntad de Dios y con la historia de su pueblo. Que Ella os ayude en vuestro ministerio de **reconciliación**, en vuestra misión evangelizadora, para que seáis, con vuestro compromiso, auténticos discípulos de Cristo. Así sea.

PALABRAS DEL EXCELENTISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR ARZOBISPO DE LA ARQUIDIOCESIS DE SAN SALVADOR ARTURO RIVERA DAMAS A LA LLEGADA DEL SANTO PADRE AL TEMPLETE EN METROCENTRO

BEATISIMO PADRE:

Bienvenido sea a nuestra Patria, El Salvador:

Este es el grito que espontáneamente sube del corazón a los labios, al tenerlo por primera vez entre nosotros, al ver en su rostro bondadoso una sonrisa acogedora, que aún sin palabras, nos habla de cercanía, comprensión y amor.

Desde hace varios días nos hemos venido preparando para este encuentro, que consideramos como el paso del mismo Jesús, Salvador de los Hombres, en medio de nosotros.

Hemos orado mucho. Hemos preparado nuestro espíritu con celebraciones Eucarísticas de la Palabra; con Horas Santas y Vigilias, con Rosarios y Vía Crucis, y aún con ayunos, retiros y misiones. Hemos reflexionado en forma comunitaria en la doctrina evangélica del Primado de Pedro, para apreciar mejor el ministerio papal en servicio de la Iglesia y de la humanidad y así estar en grado justipreciar el fecundo magisterio de Su Santidad, contenido en las tres grandes Encíclicas, en las Exhortaciones Apostólicas y Discursos, en ocasión de sus viajes pastorales, especialmente de los realizados a este continente de la esperanza, cuya esperanza cobra aliento en la fe en Cristo Jesús, en el amor acendrado a la Virgen María y en la apreciable obediencia al Sucesor de Pedro.

Lo hemos venido acompañando espiritualmente en su recorrido por Centroamérica, hemos sufrido al ver y oír como las consignas de una masa políticamente manipulada ha interrumpido más de una vez su homilía en la plaza 19 de Julio, en la capital de Nicaragua, y hoy, estamos aquí, bajo el ardiente sol de marzo, sedientos de la luz de su palabra. De esa palabra que sólo el Papa, sucesor de San Pedro, Vicario de Cristo en la tierra, nos puede decir.

Necesitamos ser animados y confirmados en la fe de nuestros mayores. Fe que es preciso conocer mejor, para que sea realmente la luz de nuestra vida y para que nuestra vida personal y comunita-

ria sea el reflejo diáfano de esa fe.

Lastimosamente, esto no ha sido siempre así. Por eso ha coexistido entre nosotros una situación de pecado social, que ha hecho crisis y ha culminado en un largo y sangriento conflicto, alimentado por intereses foráneos, que ha segado muchas vidas, la más ilustre de todas y la más apreciada de todos nosotros, la de mi predecesor de imperecedera memoria, Mons. Romero, profeta y pastor.

Su peregrinar cuaresmal, Santo Padre, por estas tierras de Centroamérica; su mensaje de penitencia en el ejercicio de la caridad para este tiempo de conversión; la ya próxima apertura del Año Santo de nuestra Redención, son gracias que colman nuestros deseos de reconciliación. Queremos ponernos en actitud de escuchar y recibir de los labios del Sucesor de Pedro un aliento, como brisa en el desierto, para animar nuestra esperanza en el largo caminar del sufrimiento.

Su Santidad lo ha dicho con diáfana claridad, este pueblo salvadoreño ha sido asociado a la pasión de Cristo y, según la promesa del mismo Redentor, estamos seguros que participaremos, por la Cruz, a la gloria de la Resurrección.

Asociarnos a la cruz de Cristo significa para nosotros, y de esto estamos conscientes, reconciliarnos con Dios y con nuestros hermanos. Caminar hacia la resurrección significa para nosotros instaurar los métodos de la paz, apostar por la vida y por el hombre, e ir superando así las causas históricas de nuestros males, forjando una patria más justa y fraterna.

Santo Padre, aquí estamos, hijos amantes ante el Padre común, discípulos a los pies del maestro de la fe, cristianos a la sombra de tu cayado, sombra que irradia luz y calor de verdad.

Hemos cantado y seguiremos cantando por mucho tiempo “Todos los salvadoreños te abrimos el corazón” y con esa actitud reverente, hecha abrazo y oración, hecha comunión con el Sucesor de Pedro, elevamos hoy nuestra súplica al Padre Nuestro Señor Jesucristo, para decirle con la voz de la Liturgia: “RECIBE, SENOR, ESTE SACRIFICIO, PARA ALABANZA Y GLORIA DE TU NOMBRE, PARA NUESTRO BIEN Y EL DE TODA TU SANTA IGLESIA”.

PALABRAS DE MONS. OSCAR A. ROMERO SOBRE EL PAPA JUAN PABLO II

“El encuentro con el Santo Padre, sobre todo, sentía que lo hacía no personalmente, sino como llevando conmigo el trabajo, la colaboración de sacerdotes, de religiosas y de fieles. Y las palabras de aliento del Papa significaron también para mí un aliento para toda la Arquidiócesis, que yo quisiera transmitir y decirles que el Santo Padre conoce plenamente nuestro trabajo y está muy de acuerdo en la defensa de la justicia social que aquí tratamos de llevar y nuestro amor preferencial por los pobres.” (10-II-80).

“El Papa que, predicando el Vía Crucis en el Coliseo de Roma, invita a la solidaridad de la Iglesia con los mártires de nuestro tiempo. Tenemos mártires, no lo olvidemos. Son nuestros sacerdotes, nuestros catequistas, nuestros hombres de fe, que —confundiéndolos con acusaciones de subversivos y políticos— los han matado, los han torturado. Sólo Dios sabe la fe por la cual ellos dieron su vida. Respetemos y solidaricémonos, como el Papa nos indica, con una Iglesia que trata de ser fiel hasta el martirio, como Cristo Nuestro Señor” (15-IV-79).

“Hermanos, la gloria más grande de un pastor es vivir en comunión con el Papa. Para mí es el secreto de la verdad y de la eficacia de mi predicación estar en comunión con el Papa. Y cuando encuentro en su magisterio pensamientos y gestos parecidos a los que necesita nuestra Iglesia me lleno de alegría.” (2-III-80).

“Reunidas más de ciento cincuenta naciones para ayudar a los campesinos pobres, el Papa les dijo que les ayudaran a través de la redistribución de los ingresos. Y dijo también el Papa que los campesinos deberían tener voz en las decisiones políticas. Buenas palabras de su mensaje que yo quiero recoger aquí para que vean cómo el Papa también, si es cierto que aconseja a los sacerdotes su función sacerdotal, también recomienda este otro aspecto.” (22-VII-79).

“El Papa dijo en el saludo de Navidad una frase que congenia bien con nuestra Arquidiócesis: ‘no puede haber paz donde se conculcan los derechos humanos’. (24-XII-78).

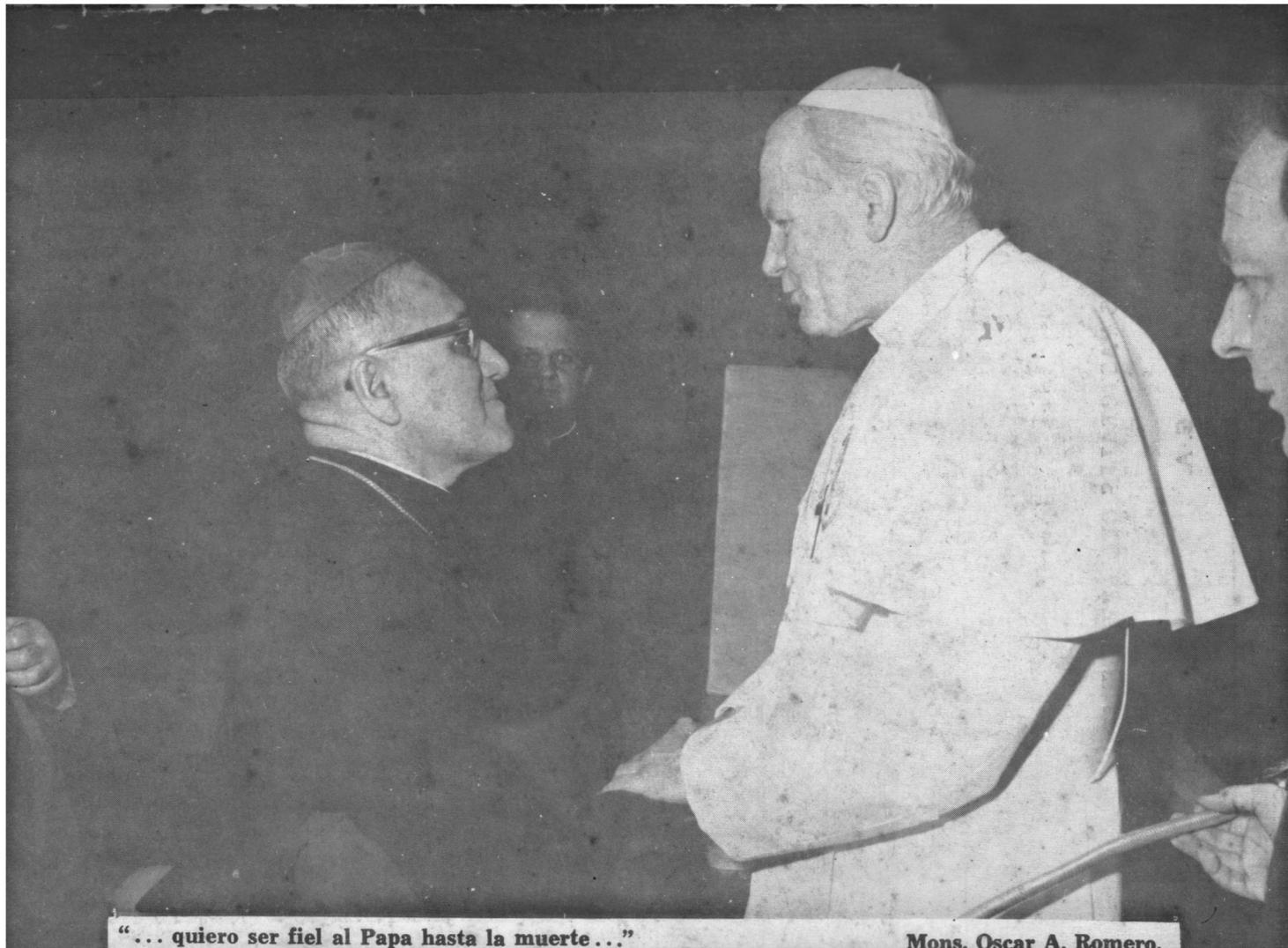
“Yo desde ya quiero decirles que quiero ser fiel al Papa hasta la muerte, y que lo que diga Juan Pablo II en las Naciones Unidas será para mí también una orientación”. (30-IX-79).

PUBLICACIONES PASTORALES DEL ARZOBISPADO

Apdo. 2253

San Salvador, El Salvador, C. A.

IMPRESO EN IMPRENTA CRITERIO



“... quiero ser fiel al Papa hasta la muerte...”

Mons. Oscar A. Romero.